

algar



El lugar mágico

Chris Wormell

Traducción de David Paradela

Capítulo 1

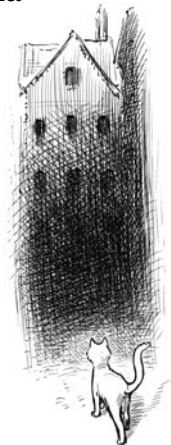
Pimienta



Había una vez, en una Gran Ciudad Negra llena de humo, hollín y mugre, una niña que se llamaba Clementina.

Aquí tienes una imagen de la Gran Ciudad Negra y allí abajo, al otro lado del puente, al fondo de esa calle estrecha y oscura, está la casa donde vive Clementina. ¿La ves?

Clementina era huérfana y vivía en una casa alta y estrecha con su tía y su tío, los Grimble, y un gran gato blanco que se llamaba Gilberto. Era un gato muy especial –en realidad, era un gato extraordinario, como ve-

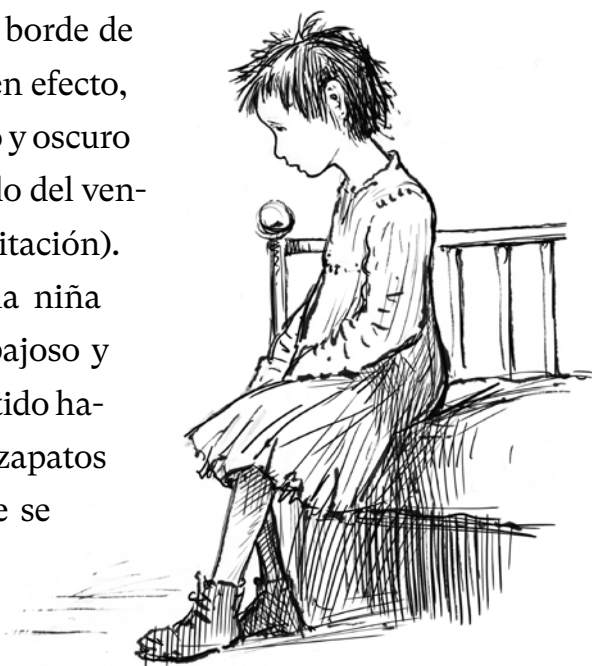


remos más adelante-, y, si te fijas bien en la primera imagen, quizá lo verás debajo del puente, mientras se dirige hacia la casa situada al fondo de la calle. Vamos a seguirlo.

Gilberto se detiene delante de la casa y se queda observando a través de un ventanuco sucio que se abre al pie de la pared, justo por encima de la acera. ¿Qué estará mirando?



Mira a Clementina, que está sentada en el borde de la cama (porque, en efecto, ese sótano sórdido y oscuro que hay al otro lado del ventanuco es su habitación). Clementina es una niña con el pelo estropajoso y corto, lleva un vestido harapiento y unos zapatos que prácticamente se le caen a pedazos.



¡De repente da un respingo! Acaba de oír los pisotones de su tía mientras baja por la escalera del sótano y el tintineo de las llaves, que resueñan como si colgaran del cinturón de un carcelero. Una de las llaves se introduce en la cerradura. El picaporte empieza a girar...

Clementina se muerde el labio. Le tiene un miedo cerval a su abominable tía...



Tía Vermilia siempre iba vestida de negro y, como era muy miope, llevaba unas gafas con los cristales tan gruesos que se le veían unos ojos gigantescos y saltones. Clementina pensaba que parecía un escarabajo

grande y gordo. Tío Rufus, en cambio, tenía una boca enorme con muchísimos dientes, y Clementina pensaba que parecía un cocodrilo.

¿Te gustaría tener unos tíos así?

Ya, a mí tampoco.

A veces las apariencias engañan, pero en este caso no. Los



Grimble eran dos malos bichos. Resulta hasta difícil imaginarse a alguien tan perverso y cruel. En ocasiones, tío Rufus le pegaba a Clementina con su pesado bastón de caminar y tía Vermilia la agarraba por las orejas ¡y la zarandeaba con tanta fuerza que no se las arrancaba de milagro! Hay que decir que Clementina tenía las orejas un poco estiradas. O, al menos, lo parecían. En fin, da lo mismo: estiradas o no, eso no se hace. Agarrar por las orejas a alguien es cruel, lo que te dará una idea de la clase de persona que era tía Vermilia. Además, Clementina no se lo merecía; no era una niña mala. O no mucho. Lo justo y necesario para cualquier niña de su edad.

Aunque es cierto que un día, «sin querer», les echó un poco de pimienta en las gachas.



Un poco bastante, en realidad.

¡Pero es que se lo merecían!

Obviamente, la castigaron. Claro que, a fin de cuentas, siempre la estaban castigando, daba igual que no hubiera hecho nada. La cosa más tonta podía dar pie a una bronca monumental. Por ejemplo, que se le cayera un guisante al suelo. Y como ella era la que se ocupaba de todas las tareas de la casa –cocinar, barrer, lavar–, era inevitable que de vez en cuando cometiera algún desliz.

Incluso la castigaban por cosas que no eran culpa suya. Si algo en la casa desaparecía –o se rompía, se agrietaba, se estropeaba, se derramaba o se echaba a perder–, siempre le echaban la culpa a ella (aunque fuera sin razón) y siempre la acababan castigando.

Así pues, ¿verdad que no es extraño que Clementina se mordiera el labio de miedo al oír los pasos de su tía en la escalera?

¿Y a que no es extraño que de vez en cuando les hiciera alguna pillería a sus malvados tíos? Si iban a castigarla de todos modos, pensaba ella, ¡por lo menos que hubiera algún motivo! Cuando eso ocurría, ya podía irse preparando...



Me pregunto por qué serían tan malos los tíos de Clementina. ¿Quizá porque de pequeños los habían maltratado?

«¡Pequeño monstruo!», le gritaba tía Vermilia. O también: «¡Ogro!», o «¡sabandija infecta!». Y tío Rufus farfullaba: «¡Demonio!», «¡mala pécora!», «¡granuja!».

Palabras todas que los definían mucho más a ellos que a su sobrina. Pocas veces se dirigían a ella por su nombre y, cuando lo hacían, nunca la llamaban Clementina. ¿Sabes cómo la llamaban? La llamaban Etu, que en verdad ni siquiera era un nombre, sino el resultado de gritar «¡Eh, tú!» cada vez que la necesitaban para algo. Sospecho que ni siquiera sabían que se llamaba Clementina, cosa bien curiosa.

Claro que Clementina tampoco lo sabía, lo cual resulta más curioso todavía.



Capítulo 2

El gato y el cubo del carbón



Gilberto era el gato de tía Vermilia, si es que los gatos son de alguien, claro. Ella nunca lo llamaba Gilberto, lo llamaba «Patituerto», algo que a ella y a tío Rufus les parecía hilarante y los hacía troncharse de la risa.

¿Que por qué tía Vermilia tenía un gato? No tengo ni idea. No daba la impresión de ser demasiado amante de los animales, y Clementina nunca la había visto acariciar a Gilberto. De hecho, parecía tenerle bastante ojeriza y más de una vez había intentado pegarle una patada. Por suerte, siempre fallaba, y Gilberto, que tampoco era tonto, procuraba apartarse de su vista. Sin